

We might conclude, therefore, that Sarmiento wrote his celebrated quotation on the wall of a room that he had constructed near the Zonda Baths. We might assume that it was probably a paraphrase of what Sarmiento understood of Volney's statement to this general effect, and that it was mistakenly attributed by the careless Argentine leader to Fortoul.

## THE ASSASSINATION OF SUCRE

### COMMUNICATIONS TO THE EDITOR

Bogotá, Colombia, Marzo 27 de 1951

Señor Don

Charles C. Griffin y demás miembros del "Board of Editors" de "THE HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW."——

Muy estimados Señores:

He tenido oportunidad, gracias al señor don Enrique Ortega Ricaurte, Director del Archivo Nacional de Colombia, de leer el escrito "The Assassination of Sucre and Its Significance in Colombian History, 1828-1849," de que es autor el señor Thomas F. Macgann, publicado en la HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW, en el número 3, correspondiente al mes de Agosto de 1950. Debido a la circunstancia indicada, con bastante retardo me informé del artículo mencionado y de aquí la demora en dirigirme a Usted haciéndole algunas aclaraciones que estimo necesario que publique la HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW a fin de evitar torcidas o equivocadas interpretaciones de la historia de Colombia.

Debo hacer constar mi satisfacción por el interés del señor Thomas F. Macgann, tan vinculado al departamento de historia de la Universidad de Harvard, por estudiar y conocer la historia de Colombia y por hacerla conocer de los numerosos lectores de la HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW. Este interés del señor Macgann es altamente encomiable y dada la autoridad merecida de que goza es posible que su trabajo de divulgación alcance merecidos triunfos. Mas para que estos sean sólidos es preciso no apartarse de la verdad histórica, ni emitir conceptos inaceptables desde muchos puntos de vista.

Leyendo con gran atención el escrito del señor Macgann, lo primero que se observa es su marcado interés *inicial*, preconcebido, por establecer la culpabilidad del General José María Obando en el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, héroe de la Independencia de América del Sur. Como lógica consecuencia, el señor Macgann se empeña en presentar a Obando con caracteres apropiados para el fin que persigue dejar en el lector desprevenido, y deja, naturalmente, al

General Juan José Flóres, verdadero responsable del atroz delito, en situación favorable, omitiendo todo comentario que, ciñéndose a la verdad histórica, afecte o pueda afectar al citado General.

Por circunstancias bien conocidas, dos nombres solamente aparecen en la historia como autores intelectuales del crimen: José María Obando y Juan José Flóres. Sus actuaciones, relacionadas con la trágica muerte del Mariscal, fueron desfiguradas inicialmente debido a problemas de carácter político transitorio y a intereses de escritores empeñados en defender a uno de los culpados para acusar automáticamente al otro. Pasado el tiempo, serenadas las pasiones y contando con gran acopio de documentos de gran valor probatorio, el investigador moderno está en la obligación de proceder con absoluta imparcialidad en el estudio del crimen bajo todos sus aspectos. Además, debe no solamente estudiar la documentación sino saber interpretarla a la luz de la lógica, de la moral y del buen sentido. Exactamente como procede, o debe proceder un funcionario encargado de investigar la responsabilidad de un delito.

El señor Macgann se apartó en su escrito del criterio indicado. Estudió o mejor dicho consultó obras y artículos en forma fragmentaria y basado en una conclusión adquirida sin el debido respaldo documental, procedió a emitir un juicio en punto por demás delicado. Su estudio fragmentario llevó a su ánimo la idea de la responsabilidad del general Obando y como consecuencia de la inocencia del general Juan José Flóres. Esta idea lo condujo a presentar al primero como lo juzgaron sus adversarios políticos de época ya remota, y puso empeño en dejar en el olvido quién fue el segundo, haciendo un breve recuento de su nefasta carrera militar y política.

El señor Macgann fue más lejos aún. En su deseo al descubierto de acusar a Obando y de absolver sin fundamento a Flóres, no vacila en afirmar inexactitudes inaceptables. Por ejemplo, en qué se funda el docto historiador para decir que Obando y José Hilario López, principalmente el primero, estaban en inteligencias con el Perú para perjudicar a Colombia? Y en dónde está la prueba, el documento, que permita decir tranquilamente que el General Francisco de Paula Santander acusó a Obando como responsable del crimen de Berruecos? El señor Macgann funda su acusación inexacta en una conocida carta de Santander a Vicente Azuero, de fecha 13 de junio de 1836, escrita con motivo de un debate presidencial, en la que el primero dice: "... Ya Obando ha gobernado por más de seis meses, no obstante que había servido los españoles, *que había muerto Sucre*, y que tenga los defectos que se imputan." Si Santander hubiera escrito: "que había muerto a Sucre," cabría lo dicho por el señor Macgann. Pero escribió únicamente, haciendo alusión a una situación y no haciendo ningún cargo: "... *que había*

muerto Sucre." En español, la diferencia es fundamental y esto ha sido muy aclarado respecto de la carta en cuestión. Tampoco es, pues, exacto, que la carta de Santander "has passed by even the sharp-eyed Conservative historians who have dealt with this decade of Colombian history," como escribe el señor Macgann.

Otro grave error del señor Macgann consiste en hablar de los partidos liberal y conservador en la época del crimen de Berruecos. La formación de estos partidos fue muy posterior, de manera que también hay equivocación en las observaciones y conclusiones del señor Macgann sobre el particular. Y es aún mayor error referirse al general Santander como jefe o fundador del partido liberal colombiano.

Veamos otros errores consignados en el escrito de la *HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW*: "No evidence of any kind can be produced to demonstrate the connection between Barriga and Berruecos," dice el señor Macgann. Mejor hubiera sido escribir: "No he podido comprobar ninguna conexión entre el General Isidoro Barriga y el crimen de Berruecos, pues la única noticia que tengo al respecto es lo dicho por José María Samper," lo que no quiere decir que no exista tal conexión. Podría el señor Macgann, por ejemplo, dar una explicación satisfactoria a nuestro escrito "Extraña peregrinación de unos restos," es decir, los del Mariscal Sucre? Cómo puede explicar el señor Macgann la conducta de la Marquesa de Solanda, viuda de Sucre y casada nuevamente, muy poco después del crimen, con el general Isidoro Barriga? El mismo Salvador de Madariaga, notable historiador español, que ha estudiado este capítulo de Berruecos, nos manifestó que nuestras observaciones documentadas no pueden desvirtuarse y que, por lo mismo, el proceder de la Marquesa de Solanda no tiene justificación, ni siquiera explicación justificativa ante la historia. Por qué, pues, el señor Macgann nada dice sobre esto?

Mucha importancia da el señor Macgann a la publicación del periódico "El Demócrata," de Bogotá, referente a la desaparición de Sucre. Pero no hace ningún comentario, ni presenta ningún argumento que desvirtúa el ningún valor probatorio de tal publicación como acusación contra Obando. Historiadores de mucho peso y profundidad han probado hasta la saciedad la falacia de tal publicación. El señor Macgann ni siquiera los cita como fuentes de información autorizada.

Igual cosa cabe decir de la aceptación peregrina que da el señor Macgann a la leyenda de la Junta que tuvo en Bogotá un grupo de políticos y que dió órdenes a Obando para asesinar a Sucre. La leyenda, en cuanto a antecedente histórico documental, proviene del señor Montoya y la recogió Juan B. Pérez y Soto en sus cuatro indigestos volúmenes titulados "El Crimen de Berruecos." Esta obra, juzgada ya por la crítica,

lleva a la siguiente conclusión: "El asesino del Gran Mariscal de Ayacucho fue Antonio José de Sucre," o a esta otra: "El General Antonio José de Sucre fue el verdadero asesino del Gran Mariscal de Ayacucho." Pérez y Soto, movido por odios políticos de oscurecen la mente [*sic*], puso todo su empeño en reunir documentos mal presentados para acusar a Obando. Su interés no fue el de esclarecer el crimen, fue el de acusar a determinado individuo y nada más. Con el mismo criterio escribió Antonio José Irisarri, vendiendo su pluma al mejor postor para ganarse la vida. Su obra contra Obando la escribió con una pluma en la mano y extendida la otra para recibir las monedas que le arrojaba el General Tomás C. de Mosquera, enemigo personal del inocente inculcado por Irisarri. Qué valor pueden tener, pues, los documentos y argumentaciones de Irisarri? Además, la crítica sana, recta, honrada, ha dicho lo que son Irisarri y sus escritos.

El señor Macgann siguió el camino de la acusación personal, premeditada. Y por este sendero llega hasta afirmar, refiriéndose a los asesinos materiales de Sucre, que los indios que acompañaron a Apolinar Morillo fueron envenenados por órdenes de Obando, según algunos escritores. Cuáles escritores serios, honorables? Y en dónde está la prueba de las órdenes dadas por Obando? Esta no la presenta el señor Macgann. Lo importante es lanzar la especie, recogerla, para hacerla llegar a los lectores que ya han asimilado en el escrito de la Revista que comento, la presentación del general Obando que hace el señor Macgann.

Toma el señor Macgann muy a lo cierto que Morillo, fusilado en Bogotá, como responsable del crimen material, años después de consumado éste, acusó a Obando como instigador. Muy bien. Pero sabe el señor Macgann que hay seria documentación que prueba, recientemente, que Morillo no fue fusilado? Actualmente se estudian estos documentos para saber si el fusilamiento no fue sino una farsa y si, en verdad, Apolinar Morillo, que pasó por ajusticiado, escapó en la comedia con vida y mucho después vino a morir en la población de Candelaria, en Valle del Cauca. Si los documentos a que hago referencia, resultaren exactos, y conste que han sido aportados por quien se dice hijo legítimo del mismo Apolinar Morillo, en qué queda la argumentación contra Obando basada en la acusación de un criminal como Morillo? Pues sencillamente en que ésta lanzó su acusación para apoyar, en forma definitiva, a los enemigos políticos de Obando, sabiendo que recibiría el premio de la impunidad por su falaz conducta.

Pero yo doy por cierta, en el fondo, la acusación de Morillo. Por que? Pues porque según un documento autógrafo, Juan José Flóres, al encargar al famoso Tuerto Guerrero para capitanear la pandilla de asesinos, le indicó que para ganarse a Morillo, le hiciera creer que la orden prenevia

no de Flóres sino de Obando. Quiso así Flóres establecer una habil coartada, y muy seguro del éxito de su diabólica combinación, se alejó de Quito para desvirtuar sospechas y se dirigió a Guayaquil a esperar el golpe. Desgraciadamente para él, para Flóres, no sucedió el crimen el día y la hora convenidas con sus emisarios, y equivocadamente anunció el asesinato antes de consumarse. Cómo explicaría esto el señor Macgann? Flóres sabía muy bien que Sucre iba a ser asesinado y nada hizo por evitarlo, por denunciar la conjura. guardó silencio y en el momento en que creyó oportuno, sorprendió a Guayaquil con la noticia del crimen de Berruecos que no se había verificado.

Volviendo al proceso contra Morillo que culminó en la sentencia de muerte, sabe el señor Macgann que *el original del proceso desapareció?* Solo se conserva una parte, reproducida por la imprenta, y este proceso trunco, falsificado, que guardan en Quito como prueba de gran valor y que en Colombia conocemos y hemos estudiado, le merece al señor Macgann la mejor acogida como prueba documental.

No resisten análisis los argumentos presentados para demostrar la estimación de Flóres por Sucre. Hay documentos, y muchos, muchísimos, que prueban lo contrario. No hay que olvidar que Flóres era hombre habil en la intriga, en la adulación, en la combinación criminal, cuando quiera que podía sacar provecho personal. En Tarquí no fue un desleal? No hizo inclusive hasta decorar vajillas para el vencedor Juan José Flóres?

La acusación contra el General José Hilario López, conjuntamente contra Obando, fue desvirtuada, totalmente desvirtuada con documentación irrecusable. Puede hablarse de esto como antecedente en el estudio del crimen a fin de demostrar hasta dónde llegó la pasión política, pero no puede revivirse una acusación inexacta, absurda.

Dice el señor Macgann: "... There is no way to demonstrate conclusively that Flores did not dispatch a picket of his cavalry to Pasto in June, 1830, to murder Sucre. . ." Todo lo contrario. Hay pruebas y contundentes de que Juan José Flóres despachó al Tuerto Guerrero para que con su pandilla de asesinos ultimara a Sucre. Una de las muchas pruebas está en los recibos del pago hecho a los asesinos por orden de Flóres, en el Ecuador. Guerrero se presentó a la Tesorería de Ibarra para obtener el pago de cincuenta pesos (\$50-'' '' ) para cada uno de los asesinos—major cantidad para Guerrero, naturalmente—, y como en la citada Tesorería no hubo dinero se dejó una constancia y se dispuso que el pago lo verificara la Tesorería de Otavalo, como en efecto sucedió. En la Tesorería quedó la constancia de tan vergonzoso pago, *ordenado por su Excelencia el General Juan José Flóres, para cumplir una comisión encaminada a impedir la entrada del General Antonio José de Sucre al*

*Ecuador.* Estos recibos escaparon, afortunadamente, la persecución de los llamados *archivos floreanos*, en el Ecuador, ordenada, para la necesaria destrucción, por Flóres, su hijo Antonio Flóres, sus amigos y parientes. Por qué, señor Macgann, pagó Flóres a los asesinos?

La confesión o acusación de Morillo está desvirtuada como prueba definitiva ante la historia, en contra de Obando. La confesión de Erazo y el famoso papelito que el señor Macgann llama de Buesaco, los explica plenamente, en forma perfecta el general Obando. Han sido acaso desvirtuadas sus explicaciones? Y en cuanto a la acusación del General Santander en la carta a Azuero, contra Obando, explicamos ya que tal acusación no existe. Apolinar Morillo, Erazo y sus confesiones o acusaciones, además de la imputación a Santander, son los tres argumentos definitivos, concluyentes, en que se funda el señor Macgann para acusar a Obando y absolver a Flóres. Qué queda de la argumentación del señor Macgann? Solamente su empeño preconcebido de acusar a Obando olvidando, por otra parte, que el único que sacó provecho y mucho, en dinero, honores y preeminencias del crimen de Berruecos fue Juan José Flóres. El *quid prodest* ni siquiera lo menciona en sus comentarios el señor Macgann, y eso que es fundamental.

Tres defensas fundamentales se han escrito sobre Obando: la del Dr. Manuel Cárdenas, la del Dr. Guillermo Carrizosa y la del doctor Jorge H. Tascón. Ninguna de ellas ha sido estudiada por el señor Macgann. Su acusación, pues, contra el general José María Obando es gratuita, infundada, y afecta la reputación de una figura colombiana inocente del crimen que se la ha imputado.

Agradecería a Ud., señor Griffin, la traducción y publicación de la presente rectificación histórica.\* Mucho podría extenderme en esta materia, pero creo suficientes los comentarios consignados, para establecer que no puede nadie, imparcialmente y con documentos, basado en lógica y en interpretación insospechable de vidas y de documentos, acusar a Obando y absolver a Juan José Flóres verdadero responsable y único usufructuario del cobarde asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho, gloria de la Independencia de América.

Anticipo al Señor Griffin y al Board of Editors de HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW, la acogida que le dispensen a esta aclaración fundamental para la historia de Colombia, ceñida a la verdad y nada más que a la verdad.

De Ud. muy atentamente: *Luis Martínez-Delgado*

Presidente de la Academia Colombiana de Historia.

\*As a translation is not required to make this communication fully available to our readers, it is printed in its original form—Ed.

May 8, 1951

Dr. Charles C. Griffin,  
Managing Editor,  
THE HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW,

Dear Dr. Griffin:

Thank you for the opportunity to reply to Dr. Martínez. For some reason unknown to me, Dr. Martínez has seen fit repeatedly to attack my impartiality in my article on "The Assassination of Sucre and Its Significance in Colombian History, 1828-1848." I reject Dr. Martínez's heated and unfounded claims in this respect. Contrary to his opinion of my position on this subject, I knew nothing about the possible relationship of Flores and Obando with the death of Sucre when I undertook a study in this period of Colombian history. My study began as a general investigation of Colombian history from 1830 to 1850; my attention at once fell upon the tragic deaths of the glorious Liberator and his heroic lieutenant; from the circumstances of the latter's assassination my research was drawn by a mounting burden of evidence to the role of Obando. My article is a view of a period of Colombian history through the lens of a sad incident; from the title itself to the last paragraph, in which I describe the murder of Sucre as "a catalytic agent in the history of Colombia" during two decades, my aim was to clarify the assassination in relation to later events.

I am delighted to read in Dr. Martínez's letter that with the "passage of time emotions have been calmed" and that historical investigation of Sucre's death is, he hints, proceeding with "absolute impartiality. I am sure that Dr. Martínez will agree that I have done him justice by referring in my article to all of his works which were available to me in the United States, and that I was even more accurate than I could anticipate when I described Dr. Martínez (p. 273, footnote 8) as "Obando's most active modern defender."

It is a privilege, therefore, to cede to Dr. Martínez the probable correctness of his translation of Santander's phrase "que había muerto Sucre," calling his attention, however, lest his enthusiasm for Obando's character obscure it, to the remainder of Santander's sentence.

The other criticisms which Dr. Martínez levels against my article may be divided into two classes: those which emanate from Dr. Martínez's failure to read my article with proper care, and those which stem from his own assertions regarding the culpability of Flores.

For example, Dr. Martínez asks upon what grounds I base my statement that Obando and López were collaborating with the Peruvians. I can do no more than repeat here my own footnote (p. 270, fn. 3): "The traitorous dealings of Obando and López with the invading Peru-

vians can be fairly well established. See José María Obando, *Apuntes para la historia* . . . pp. 254-256, and José Hilario López, *Memoorias* . . . pp. 169-197." Dr. Martínez should note that my statement is carefully qualified, and that the source is of the highest authority.

There is another footnote that I must call to the attention of Dr. Martínez. He refers to my "grave error" in speaking of the existence of the Liberal and Conservative parties at the time of the crime against Sucre. I quote here my footnote 10, p. 273, calling attention to its categorical definitions: "The fluid party lines and labels of this anarchic era make the use of the generic terms "conservative" and "liberal" more intelligible than the essentially meaningless and fleeting party titles of the day. As proper nouns, Conservative and Liberal date from 1849 in Colombian history. Cf. J. M. Henao and Gerardo Arrubla, *Historia de Colombia* . . . (5th ed.; Bogotá, 1929, pp. 639-640."

There are other footnotes which I must call to the attention of Dr. Martínez. He quite properly attacks the notorious partiality of Pérez y Soto and of Irisarri. Pérez y Soto was a writer who lost all sense of scholarly restraint in his works on Obando, as have so many others who have written on this subject in the one hundred and twenty-one years which have passed since Sucre's murder. Yet Pérez y Soto's four chaotic volumes are jammed with useful documents closely related to the murder and its aftermath, many in photographic reproduction. I have made controlled use of Pérez y Soto's documents, and I note that with these citations Dr. Martínez does not take issue, attacking only their compiler. In the case of Irisarri, Dr. Martínez states that this writer sold his pen to General Mosquera. This is another case in which Dr. Martínez, did not read the relevant citation. I must repeat here my own footnote 42, p. 284, which states that, ". . . Irisarri . . . was probably paid by T. C. Mosquera and Flores to write his lengthy attacks on Obando." Here again it is the facts which the publicist in question utilizes which concern the historian, facts which Dr. Martínez does not question, choosing rather to approach the central issues from a negative, Donatist point of view.

Even the reader who is unfamiliar with the controversy which has revolved around Sucre's murder among the historians of Colombia, Venezuela, and Ecuador will observe Dr. Martínez's persistent effort to shift the accusation of guilt for that assassination from Obando to General Flores. I pointed out in my article (pp. 284-285) that Obando's defenders have been chiefly engaged not in attempting to demolish the weighty evidence against Obando but in the far easier task of building up a case against Flores. Flores has been converted into Obando's alibi, and Dr. Martínez serves as another character witness against the



Ecuadoran leader. I have examined in my article the alleged evidence adduced against Flores, and have found it flimsy, contradictory and wholly insufficient. Dr. Martínez's letter does not change my opinion. I note that while Dr. Martínez repeatedly identifies Flores as the author of the assassination, he has seriously impaired his own arguments by a paragraph in the first part of his letter. I refer to the paragraph on General Barriga and Sucre's widow, and to Dr. Martínez's innuendo that these two were the instigators of the murder of the Grand Marshal of Ayacucho. It has been a common practise among Obando's defenders to attack Flores as the assassin, but to hint darkly that perhaps the real criminals were the Mariscal and her alleged lover. I am left to wonder what Dr. Martínez really believes.

As for Dr. Martínez' statements concerning Flores, I confess that he has a distinct advantage over me. He directs against me rhetorical questions, asking me to explain matters of which I have no knowledge—no knowledge because there is no reference in any writing of this period to the unsubstantiated claims made by Dr. Martínez. When Dr. Martínez asks, "But does Sr. McGann know that there is recent solid documentation which proves that Morillo was not shot?", I can only answer that I do not know of such evidence, but that I will be intensely interested in examining it when it has been made public in scholarly form. Meanwhile, one can only accept the records and testimony of the official agencies and of the persons who tried, sentenced, shrived and executed Morillo (cf. p. 281 of my article).

Dr. Martínez asks me why, if Flores were not the instigator of this atrocious crime, did he pay certain men with certain public drafts to which Dr. Martínez makes reference? Again I must plead ignorance of this surprising new evidence, and must persist in regarding the claim as unproven and furthermore as highly unreasonable. If, as Dr. Martínez asserts, Flores ordered written drafts made in his own name and specifying the nature of the work accomplished by his hired assassins, he must have been very different from the sort of man Dr. Martínez describes him to be a few lines above: "... Flores was a man skillful in intrigue . . . [and] in criminal conspiracy. . . ."

I am forced to pass over Dr. Martínez's curious claim that Morillo was really working for Flores, but thought that he was working for Obando, and his significant but logically contradictory attempt to find yet other culprits in the persons of the "enemigos políticos" of Obando, who were the conservative elements in Bogotá. Again the question may be raised as to whom, in Dr. Martínez's opinion, should bear the responsibility which he attempts to disperse in all directions away from Obando. Dr. Martínez states that Obando himself "explained fully,

in perfect form," the evidence of history against him, and that Flores was the only person who profited by the death of Sucre. To these comprehensive and dogmatic statements I can do no more than make reference to the evidence contained in my article, which indicated that Obando profited greatly from Sucre's death and so far from explaining fully his connection with that crime, devoted many years of his life to an attempt to rid himself of the incubus of guilt for the murder.

The question of that guilt has been a political football in Colombia ever since the perpetration of the crime. The Conservatives have persisted in kicking the ball to the Liberals; the Liberals, for want of a nearer recipient, have tried to kick it entirely out of Colombia and into the hands of the Ecuadorans. I think that I have suddenly found myself in the game because I made an interception from the sidelines of that last kick.

Sincerely yours,  
THOMAS F. MCGANN.

Harvard University.